

Capítulo 24

Desenlace final

La lucha que mantenía Huty en su fuero interno era intensa. No le preocupaba haber ordenado la muerte de un civil. Lo había hecho otras veces. Pero siempre bajo el mando directo del ejército. Durante toda su carrera se había sentido amparado e incluso justificado por órdenes que recibía de órganos superiores. Por eso trabajar directamente para una multinacional o un conjunto de multinacionales le revolvió el estómago. No era un inocentón. Sabía perfectamente que la mayoría de las acciones de los ejércitos de países occidentales respondían a intereses empresariales: desde preservar pozos petrolíferos hasta salvaguardar zonas de explotación de diamantes, pasando por dejar en manos "amigas" vetas de uranio o de plutonio. Pero el consorcio empresarial siempre quedaba en la sombra porque una autoridad militar era la que, de alguna manera, ejercía de intermediaria, responsabilizándose de cualquier misión. Esta vez era diferente. El propio Huty, tras conducir con éxito la misión de recuperar el prospector en plena banquisa huyendo en helicóptero cinco meses atrás, había sido contactado por unos jerifaltes de la minería, eso sí, a través de las altas esferas militares, que le "aconsejaron" contar con el equipo de Squarciapino. Así compraron al incorruptible Huty literalmente por un montón de dinero que en su vida había soñado reunir. Y había asumido todo el riesgo personalmente, escondiendo a sus hombres para quién trabajaba. En los primeros años del siglo XXI, las multinacionales ya no tenían pudor en defender sus intereses dando la cara, si hiciera falta, alegando que trabajaban por el bien de la humanidad, por el desarrollo del tercer mundo, por la paz... y amenazando con el colapso en la producción, las hambrunas en los países subdesarrollados o las guerras en caso de no haber obrado como se sugería.

Su última misión como profesional era la metáfora de lo que habían cambiado los tiempos. Él, sin embargo, se había mantenido fiel a los principios marciales de su profesión, de su vida. No compartía las razones de la misión, pero las acataba y las cumplía sin discusión. "No como ese petulante de Squarciapino", pensaba, "uno de esos nuevos militares con conciencia que ya no saben lo que es el honor". Huty se sentía más que nunca como lo que era, un mercenario, y debía pensar como tal.

Pensaba Huty que, a pesar de todo, Squarciapino había cogido la sartén por el mango al descubrir quién estaba detrás de la operación y tal vez debía aceptar esa política de mano tendida que le había propuesto, con tono conciliador, al separarse. Por otro lado, no concebía acercarse a un subordinado que le había faltado al respeto de aquella manera. Y ése era el argumento que más pesaba en la filosofía de Huty.

-Coronel -Alex sacó al jefe de sus cavilaciones-. No tenemos comunicación privada. Nuestro transmisor principal está destrozado y el secundario no aparece por ningún sitio.

-¡Ese cabrón se lo ha cargado! -gritó Huty, saliendo de dudas respecto a lo que debía hacer-. Hay que ir a por él. Sin más contemplaciones.

-Tampoco habría manera de establecer contacto ahora, con la tormenta -quiso tranquilizarlo el informático.

-Sin los transmisores estamos perdidos porque no tendremos manera de comunicar con el rescate paralelo cuando sea oportuno, ¡joder! -se irritó el coronel.

-Tenemos que acabar con ellos -dijo Pankow, con la cara iluminada al verse dando rienda suelta a sus instintos primitivos.

-Hay que ser precavidos, Pankow -su superior le paró los pies al tiempo que trataba de improvisar la manera de que su brazo derecho estuviese preparado para cuando se enterara de todo lo que le había ocultado-. Está claro que Enrico habrá puesto a los demás en guardia, tendrán algún plan. Probablemente quieran obligarnos a ceder con esa mentira.

-¿Qué mentira, señor? -preguntó Pankow.

-Squarciapino les ha contado a Jacqui, a Vázquez y a Cuvial que somos mercenarios, que no estamos ante una misión militar.

-Y esos inocentes se lo habrán creído -reflexionó Pankow, con cara de asco.

-Me temo que sí, por eso actúan como si no estuviesen a mis órdenes. Se han sublevado -mintió Huty, quitándose un peso de encima.

-Entonces deberemos solventar antes el problema más grave -se dijo el sargento en voz alta-. Iré con Baldin y Morrison en busca del insumiso.

Antes de que Huty le parara los pies, la puerta de su camarote se abrió propinándole a Pankow un golpe terrible en la mandíbula. El propio Squarciapino se asomó mientras Cuiak inmovilizaba al esbirro del coronel.

-Lamento decirle que tomo el mando de esta misión porque... -el italiano avanzaba hacia Huty pero éste estuvo presto y echó mano de su arma más rápido de lo que había calculado Enrico. Notó el frío del cañón de la pistola de Huty en la frente justo en el momento en que se dio cuenta del enorme fallo que habían cometido.

-Ate a estos dos payasos y enciérrelos en el baño, de momento -le ordenó a Alex.

Cuiak tuvo que soltar a Pankow, que se abalanzó sobre Squarciapino. Éste se preparaba para recibir una paliza pero Huty detuvo a su doberman.

-¡No, Pankow! Tiene usted otras cosas que hacer. Alex montará guardia aquí -ordenó Huty-. Usted irá con Morrison a por los otros dos. Baldin y yo iremos a por la máquina. Seguro que han intentado sabotearla también. Quiero a Jacqui y a Vázquez aquí por las buenas o por las malas.

Pankow saboreó esa orden y sonrió. Estaba radiante.

Era su momento de gloria. Pankow había esperado desde el principio un desenlace como el que se avecinaba, algo digno de un *commando* especializado. Odiaba a los académicos y a los presuntos intelectuales como consideraba a Squarciapino. "¿Qué coño era eso de ponerse a pensar tanto", se decía Pankow. Para un militar a la más vieja usanza, como él, las órdenes no se juzgaban, se ejecutaban. Y ese científico de pacotilla no había hecho más que ponerle peros a cualquier acción que se le había encomendado. No podía soportar la presencia de ese italiano. Ahora tenía ante sí la posibilidad de canalizar toda esa rabia y ese desprecio por una vía violenta.

Mientras iba en busca de Morrison, que estaba en el habitáculo del almacén, adonde los rebeldes no acudirían por nada del mundo, oyó voces que provenían de unas cámaras. Se detuvo y miró por una rendija de la puerta. Allí estaban Jordi y David hablando con caras de preocupación.

-¡Sorpresa! -dijo el sargento entrando en la cámara. Había sacado un cuchillo afilado como para rebanar un hueso de una sola pasada y puntiagudo como para penetrar hasta las entrañas de su víctima.

David lanzó un grito de terror y cayó al suelo al intentar retroceder sin ayuda de las muletas. Jordi se puso en guardia para hacer frente al agresor.

-¡Este tío está loco, Jordi, salgamos de aquí! -le dijo David.

Pero no tenían escapatoria. Pankow cubría la salida y se acercaba inexorablemente hacia ellos. Todo ocurrió en menos de un minuto. En esos pocos segundos, Jordi se puso delante de su amigo caído, hacia quien se dirigía el lunático, acertó a coger una probeta de litro, la partió contra el canto de la mesa y la esgrimió ante el cuchillo de Pankow. Sudaba a borbotones. Le temblaban las piernas y las manos y no le llegaba saliva a la boca. David reptaba por el suelo hacia el fondo de la cámara en la que se encontraban. Sabía que no podrían oponer resistencia. Ese paranoico iba a hacer con ellos lo que le diese la gana, porque estaba entrenado para degollar a enemigos y un brazo suyo era como las dos piernas de David. Jordi se decidió a atacar pero un movimiento eléctrico del militar en el momento preciso propinó un corte en el antebrazo al científico que le hizo soltar la botella y sangrar en abundancia. Herido, Jordi se echó hacia atrás, para resguardarse. Cuando estaba a menos de un metro de los dos, alguien se asomó a la puerta.

-¡Es a mí a quien buscas, hijo de puta! -la voz de Jacqui sonó profunda desde detrás. David y Jordi ni siquiera lo veían. Sólo observaron cómo Pankow se daba la vuelta y cómo un chorro de sangre empezó a manar de su cuello. El alemán apenas tuvo tiempo de llevarse una mano a la garganta y comprobar que Jacqui le había cortado de un tajo la yugular. Había sido una acción que rayó la perfección, la teoría del cuerpo a cuerpo llevada a la práctica sensacionalmente. "Nunca había que enfrentarse al enemigo si no era estrictamente necesario", recordaba Pankow mientras se desangraba, y, sobre todo, "no había que entretenerse en darle explicaciones. Simplemente había que matarlo". Como acababa de hacer Jacqui con él.

Jordi y David se quedaron acurrucados en el suelo, presos de un ataque de pánico. Mientras Jacqui los intentaba calmar y les ayudaba a ponerse en pie, aparecieron Núria y Tomás acompañados por Karenina. Habían oído los gritos de sus compañeros y acudieron en su ayuda a toda prisa. Al ver el espectáculo de Pankow tirado en el suelo, con los ojos en blanco y sumergido en un charco de sangre, y a sus dos colegas en el fondo de la habitación, empapados también en sangre, la que salía a borbotones del brazo de Jordi, les temblaron las piernas y no fueron capaces de articular palabra. Miraban a su alrededor y pensaban, con un grado de confusión y de miedo terribles, en quién era el muerto, en qué bando de los militares estaba el que aún sostenía un cuchillo en la mano derecha y en cuál iba a ser su reacción. Al cabo de pocos segundos, Karenina se lanzó a los brazos de David.

-Por favor, llamen al médico -dijo-. Tengo mucha prisa.

Desapareció. Apresuradamente pero con una tranquilidad increíble después de haber matado a un hombre a sangre fría, Jacqui se perdió entre las cajas del almacén en busca de Vázquez, que no podía estar lejos, puesto que tenía la misión de ocultar la máquina de prospección. La encontró enseguida y juntos fueron en busca de Squarciapino y de Cuiak. Debían estar en el camarote de Hutty, por fuerza. Allí se encontraron a Alex, que les apuntó con la pistola tras dejarlos entrar en la estancia.

-Al suelo, cabrones -les dijo.

-Alex, te estás equivocando -le dijo la chica, que era la única del grupo de Squarciapino que conocía bien al informático-. Hutty nos ha estado engañando. Esto es una puta misión empresarial...

Los golpes y los gritos sofocados que salían del cuarto de baño no dejaron a Vázquez acabar su sermón para convencer a Alex de que los dejara pasar.

-¡Callaos, vosotros! -les gritó, sin dejar de apuntar con la pistola a Vázquez.

-¿Tienes ahí a Enrico y a Cuiak? -preguntó Jacqui.

-Sí, ahí están, por... rebeldes -dijo Alex, confuso.

-Déjalos salir, por el amor de Dios, Alex -suplicó Vázquez-. Pregúntale a Hutty quién nos manda. ¡Pregúntaselo! No te lo dirá nunca, porque va contra los principios más

elementales del ejército. Nos paga una puta empresa minera. ¡Unos civiles! ¿Verdad que nuestro jefe jamás nos ha dicho qué ministerio de qué gobierno o de qué alianza nos ha traído hasta aquí? ¿Por qué crees que ha sido? Porque nos ha traicionado desde el principio al aceptar una misión como un mercenario y al implicarnos a todos escondiéndonos la verdad. Alex, por favor...

-Te creo -le dijo Alex, sorprendiendo a los dos militares a los que tenía arrodillados a sus pies-. Pero hay un problema: Huty y Pankow han puesto explosivos a bordo y sólo ellos saben dónde. Tal vez si hablo con Pankow...

-No podrás hablar con él -dijo tajantemente Jacqui mientras entraba en el cuarto de baño para liberar a Squarciapino y a Huty-. Está muerto.

-¿¿Qué?! -gritó Alex.

-Olvida a Pankow y vamos a por Huty -le dijo Vázquez-. Supongo que estará con los otros dos.

-Con Baldin -aclaró Alex-. Morrison había quedado en encontrarse con Pankow.

-Pues no lo encontrará -dijo Squarciapino poniéndose en pie y sintiendo un terrible dolor de cabeza- Alex, no sé cómo agradecerte lo que acabas de hacer. No te arrepentirás.

El informático se había quedado pasmado en medio del camarote. En realidad, desde los primeros días de la expedición había notado a Huty demasiado alterado. Se conocían desde hacía aproximadamente un año, cuando los dos empezaron a trabajar en el proyecto de la máquina de prospección china, pero hasta entonces no habían convivido juntos. Y la experiencia no había sido positiva para el informático, que soportó las excentricidades de Huty por pura vocación militar, tragándose todo lo que pensaba de él a medida que iba descubriendo qué clase de persona era, cada vez más altivo, más despreciable y más intolerante. Por eso a Vázquez no le costó mucho convencerlo para que cambiara de bando.

-Hay que dar con Morrison -dijo entonces el informático-. Huty y Baldin fueron a esconder la máquina de prospección.

-Pues llegaron tarde -dijo Vázquez-. No la habrán encontrado porque la hemos cambiado de lugar. Nos debemos de haber salvado por los pelos...

Los cinco salieron del camarote precipitadamente. Primero fueron en busca de Morrison. Nadie del grupo debía de haber cruzado más de diez palabras con ese joven *marine* rapado al cero, delgado y fibrado que había hecho del culto a su cuerpo más que una afición, su única razón de existir. Lo encontraron en el camarote que compartía con Baldin y con Pankow, aunque éste no hubiese coincidido en horarios casi nunca con sus dos compañeros. Llevaba más de una hora esperando a que Huty o el intermediario Pankow le dijeran qué tenía que hacer. No era capaz de reaccionar por iniciativa propia y allí estaba, de pie, casi en posición de firmes, dispuesto a acatar la primera orden que le fuera dada.

-Morrison -le dijo Squarciapino- haga el favor de esperar aquí hasta nueva orden. El coronel Huty en persona bajará a indicarle la misión. Gracias -conteniendo la risa y sin llegarse a creer lo que acababa de improvisar, el italiano cerró la puerta del camarote y la atascó colocando una viga metálica entre el pomo i el borde de la pared de enfrente del pasillo.

El siguiente paso era el más complicado. Había que reducir a Huty como fuese y debían obligarlo a que desactivara los explosivos. El coronel estaba en el puente de mando, con Baldin. Las siluetas de los dos militares se recortaban en el marco de luz de la cabina que se divisaba desde la cubierta. Squarciapino y Alex subieron la escalerilla que accedía al puente mientras los otros tres tomaban posiciones en la base de la torre, con las armas preparadas. Curiosamente, no se oía un alma en el barco. Tomás y Núria les habían explicado por encima lo ocurrido y habían instado a los científicos y a los marineros a refugiarse en sus camarotes por pura precaución. El estado de Jordi, con el brazo medio desangrado, asustó a todos los que lo vieron. Lo que habían oído de boca de Tomás se fue convirtiendo en una bola de nieve, que no paraba de crecer, al correr de boca en boca entre todos los científicos y tripulación del Estrella del Polo. En la media hora que había transcurrido, no corría por el buque ni una sola persona que no fuese militar.

-Coronel -mientras Squarciapino aguardaba fuera, Alex abrió con discreción la puerta del puente de mando, donde Huty, muy confiado, intentaba establecer una comunicación imposible.

-¿Se puede saber que haces aquí? -le dijo al verlo. Tenía un aspecto enfermizo. Se le notaba más trastornado que nunca.

-Pankow está con los dos prisioneros -mintió Alex, tal como habían planeado-. Necesito que venga Morrison. Tenemos a Jacqui y a Vázquez encerrados en el habitáculo de proa.

-Perfecto, una buena noticia -dijo Huty-. Que vaya Morrison. Ayúdame un momento con esto. Necesito comunicarme en una frecuencia corta.

-El que entiende de esto es Pol, mi coronel, yo...

-Pero Pol no está en condiciones de echarme una mano, ¿o no te has enterado?

-Veamos -dijo Alex, muy nervioso, entrando en la sala e intentando hacer funcionar el sofisticado aparato radiotransmisor-. ¿Pero quiere una frecuencia corta? ¿Hay alguien más por aquí?

-¡No pregunte y haga lo que le digo!

Los demás cayeron encima de Morrison, lo desarmaron y subieron con cautela hasta la posición de Squarciapino.

-¿Entramos? -preguntó Vázquez.

-Habrá que esperar a que salga Alex -advirtió el italiano- si no, Huty puede resultar muy peligroso.

Alex salió a los pocos minutos seguido de Huty, en dirección a su camarote. El coronel iba a decidir qué hacer con sus rebeldes.

-Ahora sí que se acabó todo, Huty.

La voz alteró al americano. Alex se separó de él mientras de las sombras de la noche surgía la figura de Squarciapino, precedida por una pistola que encañonaba la cabeza de Huty.

-¿Qué ha pasado aquí? -preguntó al viento Huty-. ¡Pankow!

-No te oye, cabrón de mierda -le conestó Squarciapino, con una cínica sonrisa en los labios-. Está muerto.

Huty permaneció inmóvil con las manos arriba mientras vio aparecer a Jacqui, a Vázquez, a Cuiak como si viera fantasmas. Lo tenían acorralado y le apuntaban a la sesera. Llevaba más de dos días sin pegar ojo. Sus condiciones físicas eran deplorables y el agotamiento mental lo hacía delirar. Se encontraba perdido, hundido, derrotado. De ninguna manera aceptaría ser rescatado en esas condiciones y que se descubriera un engaño como el que había perpetrado. Jamás llegaría a recibir semejante humillación. En un instante de claridad, Huty, dispuesto a morir, intentó caer matando y saciando así uno de los placeres que el rigor marcial del que ya no se sentía digno le había impedido disfrutar. Hizo un rápido gesto para sacar su pistola y matar a Squarciapino antes de que el italiano o los demás acabaran con él.

Se oyó un fortísimo disparo y Huty, con una sonrisa amarga en la boca y con cuatro agujeros en la cabeza, se desplomó hacia el otro mundo.

Nadie apareció en la cubierta. Los cuatro disparos, al unísono, habían roto la tensa calma como un estruendo insoportable, pero nadie se atrevió a salir de su camarote. Squarciapino corrió a avisar a Tomás para explicarle que la pesadilla casi había llegado a su fin. Quedaba encontrar y desactivar los explosivos.

La gente empezó a abandonar los camarotes y acudía a los comedores, a la sala de reuniones, al *zillertal* en busca de información. Veían a los militares y no sabían qué cara poner. Los temían, no tenían claro si eran los buenos o los malos de aquella horrible película en la que les había tocado hacer de extras.

Sólo quedaba esperar el rescate. Lo que habían estado haciendo en las últimas semanas, pero con la diferencia de que a partir de ese momento, iban a deleitarse de la espera. David y Karenina no habían aparecido.

-Están enamorándose -dijo Olaf en su español macarrónico-. Ellos *mi* echaron del camarote y no *van salir más*.

-Pues estamos bien, ¿qué pasa? -voceó María José- ¿Que todo el mundo celebra que no se ha acabado el mundo follando? -porque mi queridísima becaria, por una vez, me ha sido franca y me ha pedido que no vuelva. Marc no ha tenido cojones de pasar delante de mi. Ya lo pillaré...

La mayoría de la gente no se había enterado de que había habido muertos y se preparaba para celebrar lo que consideraban una alegría: los cabrones que habían saboteado el barco, no sabían para qué, habían sido reducidos y estaban prisioneros en las bodegas. Ésa era la leyenda que en poco tiempo se había forjado a bordo. Se avecinaba una noche de desfase en el *zillertal* por parte de muchos incautos.

Squarciapino y los demás militares se reunieron con Wolf, Tomás y Núria para tratar de encontrar los explosivos sin sembrar el pánico en el barco. El primer imprevisto fue Lothar. La vuelta a una cierta normalidad acarrearba la constante presencia del jefe de cubierta, que quería estar informado de todas las decisiones que se tomaran a bordo. Hubo que convencerlo para que se fuera a tomar unas cervezas al bar, donde, le dijeron, quieren preparar una fiesta y no se sabe muy bien si hay consentimiento o no.

Ni Alex ni los otros soldados de Hutty tenían la más remota idea de dónde se dispusieron las cargas de C-4. Tampoco se sabía dónde estaba el detonador. La relativa tranquilidad era que no podían estar programadas, puesto que cuando cayeron, tanto Hutty como Pankow estaban convencidos de que tenían controlada la situación.

La idea genial la aportó Tomás.

-Tenemos algo a bordo que nos puede servir para detectar las bombas -dijo.

Se hizo el silencio y todas las miradas convergieron en el científico catalán.

-Creo que si el explosivo es una sustancia conocida, los microrrobots que alberga el prospector podrían detectarla -explicó-. ¿Se puede alterar el programa de esos trastos? -le preguntó a Alex.

-Brillante, sí señor -dijo el informático-. Es cuestión de reconvertir el programa para que no busquen el tántalo y localicen el C-4. No será tan complicado como puede parecer.

Álex, Vázquez y Núria, ésta más por curiosidad que por otra cosa, se pusieron manos a la obra mientras los demás se mezclaban entre la gente. Embutidos en todas sus ropas de abrigo, las dos científicas y el científico trabajaron toda la noche en el exterior del barco hasta que consiguieron dar unas nuevas coordenadas y unas nuevas órdenes a los microrrobots. El espectáculo, a la mañana siguiente, con todo el barco inundado de luz gracias a los potentes focos dispuestos en la cubierta, atrajo a todos los habitantes del buque. Los microrrobots fueron trabajando de forma más que autónoma independiente a los ojos de la gente, hasta que, en cuestión de un par de horas, hubieron detectado cuatro cargas explosivas en puntos estratégicos del Estrella del Polo. Con su objetivo cumplido, los robots regresaron a su madriguera. La desactivación de las bombas correspondía a una experta como Vázquez, que no tuvo problemas para desprogramarlas.

Antes de unirse a la fiesta, Vázquez, Alex y Núria aprovecharon lo mejor que pudieron su ración de sueño. Núria utilizó la cama que, gentilmente, le cedió Tomás, puesto que no habría osado por nada del mundo echar del camarote que compartía con Tere y María José a la becaria y a Marc. Alex cayó rendido en el catre de Baldin y Vázquez... la hondureña tardó un rato más en conciliar el sueño.

-Creí que no ibas a acostarte nunca, fiero -le dijo Guillem a Vázquez, tumbado en la cama de ésta cuando la mujer entró en su camarote.